



Apuntes para una novela de J.M. Coetzee

Guadalupe Alonso

Paul Rayment es fotógrafo profesional, tiene sesenta años y vive en Adelaida, Australia. Ha perdido una pierna y está a punto de involucrarse en un romance inconveniente. Esta es, en pocas palabras, la trama de la novela *Hombre lento* de J.M. Coetzee.

Paul Rayment se define como melancólico; tiene una vida cómoda y apacible, es un hombre común y corriente. Sus días han transcurrido sin pena ni gloria hasta el momento en que le es amputada una pierna a causa de un accidente. Ante la perspectiva de una vida limitada, surgen las preguntas: “¿Qué diría Sócrates al respecto? ¿Qué tiene de especial perder una pierna? ¿Por qué no puede él conformarse con una vida modestamente limitada en una ciudad que no es inhóspita para los ancianos inválidos?”. Pero Paul Rayment no puede responder a estas preguntas, ni siquiera está de humor para hacerlo. “Eso es lo que comporta estar melancólico: un nivel por debajo del juego y el revoloteo del intelecto”. Sin embargo, se siente “perfectamentelista para afrontar la oscuridad, la quietud, la extinción”.

La obra de J.M. Coetzee indaga constantemente sobre la condición humana. Novelas como *Esperando a los bárbaros*, *Desgracia* o *El Maestro de Petersburgo*, descubren algunos de los parajes más recónditos del alma del hombre. A la manera de Kafka o Dostoievski, el Nobel sudafricano elige personajes y situaciones de la vida cotidiana y desde su aparente sencillez, desentraña, en el sentido más profundo, cuestionamientos inquietantes que aluden al espíritu del ser. Por ello su literatura trasciende los límites de la geografía, la historia o los personajes mismos, y se inserta en el plano universal. A través de una prosa clara y concisa, Coetzee introduce al lector en el vértigo

existencial de un hombre que de la noche a la mañana se convierte en discapacitado:

Por supuesto no es ningún caso especial. La gente pierde brazos y piernas o el uso de estos todos los días (...). Pero en su caso, la amputación parece haber separado el pasado del futuro con una limpieza tan poco común que le confiere un nuevo significado a la palabra “nuevo” (...). Si hasta ahora has sido un hombre y has tenido una vida de hombre, a partir de ahora serás un perro y tendrás una vida de perro (...). Su espíritu está listo para derrumbarse.

Resignado a su “nueva” vida, reacio a utilizar una prótesis, Paul Rayment se somete al destino que le impone un cuerpo mutilado. A los sesenta años asume que su vida tendrá que transcurrir entre las cuatro paredes de su departamento, aislado de todo cuanto le rodea y entregado a los cuidados de una enfermera. Al principio le resulta humillante ser tratado como un viejo inútil, pero cuando Marijana, una enfermera croata, se hace cargo de él, los días largos y tediosos comienzan a adquirir sentido. El entusiasmo y la naturalidad de esta joven mujer lo contagian y lo envuelven, le traen un nuevo aliento de vida. Paul comienza a fijarse en ella, observa sus caderas, sus piernas, le parece una mujer atractiva. De pronto esa atracción se convierte en deseo, el deseo prohibido de un sesentón cojo por una mujer más joven, casada y madre de tres hijos. Paul Rayment lo sabe, pero algo más fuerte se apodera de él: se está enamorando de Marijana. ¿Cómo podría hacer el amor sin que ese muñón causara repugnancia? A pesar de todo, siente la necesidad de expresar sus sentimientos y así se lo hace saber a la enfermera croata. La

reacción de Marijana, las consecuencias que se derivan en el entorno familiar, la carga emocional y los cuestionamientos que agobian al protagonista son el detonador del desenlace de la novela.

Un hecho inesperado provoca otro vuelco en su “nueva” vida. Una mujer mayor, desconocida, se presenta de improviso en el departamento de Paul y, para su asombro, pretende instalarse ahí. Este hecho insólito dentro de la trama narrativa toma por sorpresa también al lector. Se trata de Elizabeth Costello, personaje ya familiar para quien ha seguido la trayectoria de Coetzee. Debutó en *Las vidas de los animales* (1999) y más tarde en la novela que lleva su nombre: *Elizabeth Costello* (2003). Más que un personaje ficticio —aunque en sentido estricto lo sea— Costello se ha erigido como la voz interior de John Maxwell Coetzee, quien se sirve de ella a modo de un recurso eficaz dentro de su narrativa.

En el caso de *Hombre lento*, Elizabeth, la escritora septuagenaria, juega el papel de una provocadora. Será ella quien insista en desatar los nudos que aprisionan a Paul Rayment, acorralándolo para que se haga responsable de sus actos, obligándolo a actuar en consecuencia y forzándolo, por así decirlo, a caminar.

Una vez más, como en otras novelas, Coetzee reflexiona en torno a la soledad, la vejez, la escritura y el amor. En este caso, el accidente de Paul y la aparición inusitada de Costello añaden al relato el ingrediente del azar. Así, el autor sudafricano nos recuerda que el destino, impredecible, siempre está al acecho y se impone sin concesiones mientras proseguimos a paso lento. ■

J.M. Coetzee, *Hombre lento*, editorial Mandadori, Barcelona, 2005, 259 pp.